

Los secretos de La Morera

La pandilla
Meta-
bólica

Otros títulos de la colección:

Huellas Misteriosas • El ladrón de cucharas de postre

Todas las personas somos distintas, por dentro y por fuera.

Sí, unas son morenas y tienen las piernas largas; otras son rubias y redonditas; algunas tienen las orejas pequeñas y otras, los ojos como platos. Eso es lo que podemos ver exteriormente. Pero en el interior de nuestro cuerpo también hay diferencias. Ciertas personas no pueden tomar azúcar; otras no toleran la leche ni los lácteos; las hay que tienen alergias o que no pueden comer proteínas animales... por suerte, así como hay ropa para todo tipo de cuerpos, existen alimentos para toda clase de metabolismos.

Esta colección te quiere presentar a Annia, Arnau, Gabriel, Laura y Tomás, chicos y chicas con sus características individuales, que tienen en común un metabolismo... diferente. Con ellos y sus amigos descubrirás cosas sobre la fenilcetonuria, la homocistinuria, el jarabe de arce, la citrulinemia, etc. y vivirás a su lado situaciones misteriosas y emocionantes.

Con la Pandilla Metabólica aprenderás muchas cosas sobre trastornos y alimentación, a la vez que te diviertes con sus aventuras.



Sant Joan de Déu
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA

Los secretos de La Morera

La pandilla
Meta-
bólica



Sant Joan de Déu
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA

Más información sobre las enfermedades recogidas en este libro:
www.guiametabolica.org

Colección La Pandilla Metabólica

© Hospital Sant Joan de Déu, de la idea original; SHS-Nutricia, del patrocinio

© Meritxell Martí, del texto

© Joana Demestre y Mati Balsera, de las ilustraciones y la concepción gráfica

Depósito Legal: M. 21070-2010

Errores congénitos del metabolismo:

Son un grupo, muy numeroso, de enfermedades poco frecuentes ("raras"), causadas por cambios hereditarios del DNA. Estas mutaciones dan lugar a proteínas que no funcionan correctamente y causan una alteración en el metabolismo, porque interrumpen una de sus rutas.

Algunas de estas enfermedades, las que afectan al metabolismo de los aminoácidos y ácidos orgánicos, se tratan con dietas especiales para impedir que se acumulen productos tóxicos que pueden afectar al cerebro u otros órganos del niño afecto. Esto significa un tratamiento de dietas bajas en alimentos con gran contenido en proteínas (carne, pescado, huevos, leche y derivados), que son sustituidos por una fórmula especial ("zumo del Capitán PKU" en el cuento) sin las sustancias perjudiciales, pero sí todas las demás que son necesarias para nuestra salud.

PKU o fenilcetonuria: Error congénito del metabolismo de la fenilalanina, que causa la acumulación de esta sustancia en sangre, orina y tejidos, dañando especialmente al cerebro.

Homocistinuria: Error congénito del metabolismo de la homocisteína, que causa la acumulación en plasma, orina y tejidos de esta sustancia, dañando al cerebro, a los huesos, a los ojos y a la circulación de la sangre.

Amonio: Las proteínas están formadas por una cadena muy larga de aminoácidos que al "romperse" liberan amonio, que es una sustancia muy tóxica para el cerebro. Nuestro organismo lo elimina convirtiéndolo en urea, mediante una serie de reacciones cíclicas, el ciclo de la urea, que convierten el amonio tóxico en urea, que no es tóxica y se elimina fácilmente por la orina.

Citrulinemia: Defecto del ciclo de la urea que causa la acumulación de amonio y citrulina en la sangre, la orina y en el cerebro, al que daña especialmente.

Leucinosis o Enfermedad de Orina con Olor a Jarabe de Arce:

Error congénito del metabolismo de algunos aminoácidos, leucina, isoleucina y valina, que causa la acumulación en plasma, orina y tejidos de unos productos neurotóxicos, que huelen a **jarabe de arce** (dando nombre a la enfermedad). La leucina y un derivado suyo son los compuestos que se acumulan más y también son los más tóxicos. Por ello esta enfermedad se llama también **leucinosis**.

Aciduria glutárica: Error congénito del metabolismo de la lisina, que causa la acumulación en plasma, orina y tejidos de unos productos tóxicos, el ácido glutárico y sus derivados.

Los secretos de La Morera

Soy **Annia**, ya tengo trece años y continúo haciendo el tonto. También me gusta pasar horas charlando con mis amigas y con los chicos. Tengo citrulinemia y cada vez ayudo más a mi padre en la cocina.



Yo soy **Laura** y voy un curso por debajo de Annia. Tengo PKU, como Gabriel, por eso he aprendido a cocinar un montón de cosas riquísimas para que mi dieta sea divertida y variada. ¡Todos me dicen que acabaré abriendo un restaurante metabólico!



Me llamo **Tomás** y voy a segundo. Soy de la Pandilla Metabólica, porque tengo leucinosis. Hasta ahora era el más pequeño, pero para no estar marginado he invitado a Eloy, que tiene aciduria glutárica y come tanto pisto como yo ¡o más!



Soy **Gabriel**, tengo casi trece años y soy el capitán de la pandilla... cuando Annia me deja. La PKU hace tiempo que dejó de tener secretos para mí. Creo que estudiaré bioquímica, para trabajar en el laboratorio de algún hospital infantil. También leo cómics, como Arnau.



Me llamo **Arnau**, tengo doce años y soy fan del manga. Siempre me ha gustado dibujar. Tengo homocistinuria, por lo tanto, igual que Annia, hago una dieta baja en proteínas. Me gusta salir al bosque y descubrir huellas misteriosas...



Annia, Arnau y Gabriel entraron en clase cabizbajos.

Ese día tenían examen y la profesora no estaba para bromas. Les había dicho que o trabajaban o no aprobarían el curso. Decía que estaban muy bien acostumbrados y que en la vida, o te esfuerzas o nada de nada.

En cambio, los de la otra clase estaban supercontentos. Todos sacaban buenas notas excepto Yuri que, procedente de Ucrania, acababa de aterrizar en el centro educativo La Morera y no entendía casi nada.

—¿Qué nota has sacado? —le preguntó Gabriel a Arnau unos días más tarde. —Yo, un siete.

—Un seis y medio.

—Ah, ¡pues está bien! —exclamó Annia, que había aprobado por los pelos.



La que no había hecho un buen papel era Susi, la nueva de la clase. Nunca hacía los deberes, no hablaba con nadie y cuando lo hacía era para decir algo desagradable. Annia intentó ser su amiga pero Susi era tan antipática que Annia se cansó de ella.

—¡Uf, qué niña más rara! —le dijo Annia a su padre mientras ayudaba a preparar los canelones de espinacas de la cena.

—Seguro que es así por algo —contestó el padre.

—Sí, porque nació en Neptuno ¡y no en el planeta Tierra!

Aún así, al día siguiente volvió a invitar a Susi a ir con ella y sus amigas, pero una vez más, la chica hizo una mueca y le dio la espalda.





—A lo mejor es que echa de menos su antiguo colegio —dijo Arnau.

—¡Lo que pasa es que está loca! —dijo Gabriel. —Ayer un chaval dejó la mochila un momento sobre su mesa y Susi la tiró al suelo y la pisó.

—No está loca. Le tenéis manía, por eso se comporta así.

Era la primera vez que Arnau y Gabriel no se ponían de acuerdo. Annia se echó a reír.

—Me parece que a alguien le gusta Susi...

Arnau se puso como un tomate y decidió tener cuidado con lo que decía delante de Annia.

Pero el tema de Susi pasó a segundo plano porque el misterio de la otra clase comenzó a resultar un problema. Las buenas notas continuaban e incluso Yuri empezó a tener buenos resultados. Esto acabó con la paciencia de Gabriel.



—Aquí pasa algo raro. No puede ser que Yuri saque mejores notas que nosotros.
¡Si no sabe nada! —exclamó al llegar a la plaza de la Morera para merendar.

—Es verdad, parece como si la nuestra ¡fuera la clase de los tontos!
—dijo Arnau.

Laura, que iba a un curso menos, se añadió a la conversación mientras devoraba un par de buñuelos de manzana.

—Yo creo que saben las preguntas —dijo como si tal cosa.

Los demás se giraron hacia ella y Arnau exclamó:

—¡Claro! Así se entiende... ¿Pero de dónde las sacan?

Laura, viendo la atención que le dedicaban sus compañeros mayores, dio una respuesta atrevida que generó más expectación:

—No hay duda: las roban.





Los cuatro estuvieron hablando de ello mucho rato. ¿Cómo podían robar los exámenes? Normalmente estaban en la sala de profesores donde siempre había alguien o bien estaba cerrada.

Gabriel dijo convencido:

—Tenemos que investigarlo. Nuestro honor está en juego.

—La Pandilla Metabólica de nuevo en acción —añadió Arnau.

—¡Sí! —se sumó Annia —podemos vigilar a los de la otra clase. Como somos cuatro será fácil.

—¡Eh —dijo Laura—yo no voy a vuestro curso!

—Da igual. Si lo descubres tú, te llevaré la mochila cada día durante un mes

—dijo Gabriel.

—¡Vale!



A todo esto, Tomás, el más pequeño de la pandilla, se había quedado un poco desplazado. Él también iba a “La Morera”, pero a segundo de primaria. Se había hecho amigo de un niño que también tenía un trastorno del metabolismo. Se llamaba Eloy y tenía aciduria glutárica. A la hora de comer, Tomás se reunía con sus amigos mayores en el comedor del centro y a menudo se les unía Eloy, que ya era uno más de la Pandilla Metabólica. Allí se contaban las novedades y probaban alguna receta nueva que unos u otros traían para compartir.

—Eh, ¿qué es esto tan bueno? —preguntó Annia con la boca llena de flan de setas.

—Es una receta que mi madre y yo hemos perfeccionado —dijo Laura—. Lleva setas, zanahoria y cebolla. Nosotras le hemos añadido tomates cherry y hojas de menta.

—¡Ummm! Creo que te nombraremos cocinera oficial de la Pandilla —dijo Gabriel, repitiendo flan.





En aquel momento, Susi, que estaba sentada en un extremo de la mesa, apartada de los demás, se quedó mirándoles. Arnau estuvo a punto de decirle que se acercara, pero temía los comentarios de Annia y se conformó con dedicarle una mirada amistosa.

De hecho, Susi tenía cada día más problemas en clase. Era tan rebelde que a veces decía cosas impertinentes a sus compañeros y profesores. Había conseguido que la castigaran y su tutor le había advertido que llamaría a sus padres para hablar con ellos. La gota que colmó el vaso fue la pelea que tuvo con una compañera de clase. Susi le quitó el estuche y se lo tiró por la ventana. Algunos colores se partieron, el tutor le dio una nota para su casa y Susi estuvo más malhumorada que nunca.



—¡Es ella! —dijo Gabriel aquel día, al salir de clase. —Sí, es ella quien roba los exámenes y se los da a los de la otra clase. Lo hace porque nos tiene manía.

—¡Qué dices! —saltó Arnau en su defensa. —Susi no es ninguna ladrona.

—¿Ah, no? ¿Pues cómo llamarías a quien birla los estuches de la gente?

—No se lo birló. Se lo tiró porque la niña le molestaba.

Annia intervino.

—Eh, no hace falta que la defiendas tanto. A lo mejor Gabriel tiene razón. ¿Quién, si no, robaría los exámenes?

Arnau no lo dudó:

—Yuri.

Todos lo miraron.



—¿Ése? —exclamó Gabriel que, en el fondo, tenía ganas de ser amigo del nuevo. Sobre todo porque le atraía todo lo exótico. Arnau, en cambio, le tenía un poco de envidia porque un día vio como Susi le sonreía.

—Sí, piensa un momento. ¿Quién se ha beneficiado más de los exámenes robados? Yuri. Ha pasado de suspender ¡a sacar siete y ocho!

En eso, Gabriel le daba la razón. Pero Annia intervino a tiempo para evitar que se cometiera una injusticia.

—Chicos, chicos... si Yuri robase los exámenes lo más normal sería que no se lo dijera a nadie, para no arriesgarse a que lo denunciaran.

Los tres se quedaron pensativos. Annia tenía razón. Yuri se habría jugado que lo expulsaran, cosa que no le convenía en absoluto. Tendrían que continuar con la investigación. El misterio todavía no se había resuelto.





Los días siguientes Susi no asistió a clase. Todos lo notaron porque tuvieron un poco de calma. Aquella noche, mientras pelaba manzanas para hacerlas al horno, Annia le dijo a su padre:

—Ojalá ya no viniera más.

Pero el padre de Annia, que preparaba una lasaña de verduras, miró a su hija y le dijo con un tono serio:

—No digas eso. Seguro que esa niña lo debe de estar pasando mal.

—Pero ¿por qué hace esas cosas? Podría ser amable, jugar con los demás y no meterse en líos. Ella se lo busca.

—¿Y tú ya sabes por qué se lo busca?

Annia tuvo que admitir que no. ¡Es que era tan difícil acercarse a ella!



Pero la conversación con su padre la animó a intentarlo por última vez. Sabía que Susi no vivía lejos de su casa. Le pediría al tutor que le diera su dirección e iría a verla. Sí, seguro que fuera del instituto no sería tan antipática. Como al día siguiente Susi todavía no había aparecido por La Morera, Annia cogió un pedazo de tarta de manzana que había sobrado del día anterior y fue a llamar a su puerta.

—¿Qué haces aquí?

Susi tenía un aspecto terrible. Estaba pálida y con ojeras. Se notaba que había llorado, aunque ella nunca lo reconocería.

—Quería saber cómo estabas. Te he traído tarta hecha por mí. Es especial, porque no lleva ni huevos ni harina normales, pero está riquísima.



Susi miró a su compañera como si fuera una extraterrestre, pero la dejó pasar. Era una casa antigua con un patio muy bonito.

—Hay algo que no sabes de mí —dijo Annia mientras salían fuera— y es que tengo un trastorno metabólico.

Susi puso cara de sorpresa, en parte por esa palabra tan rara y en parte porque Annia le estaba contando un secreto suyo.

—Si, ya sé que no sabes qué significa “metabólico”. Es normal, casi nadie lo sabe. Resulta que mi cuerpo no tolera la carne, el pescado ni los huevos, por ejemplo.

—¿No puedes comer carne, pescado ni huevos? ¿Pues qué comes?

—Uy, un montón de cosas. Y también están los suplementos. Pero he tenido que aprender, no creas. Al principio no me preocupaba para nada de la comida. Pero si comiera cosas que no me van bien, me pondría enferma.



Susi, por primera vez, parecía una chica normal, que escuchaba con interés lo que le decía una compañera.

—Mira, es verdad que puede ser un poco rollo aprender todo lo que puedes comer y lo que no. Pero al final te lo aprendes y es divertido cocinar, inventar recetas y hablar con otras personas que tienen lo mismo.

—Ah, pero ¿es que no eres la única que tiene un meteorito?

—¡Un trastorno metabólico! —exclamó Annia riéndose.

Tiempo atrás, era ella la que confundía las palabras.

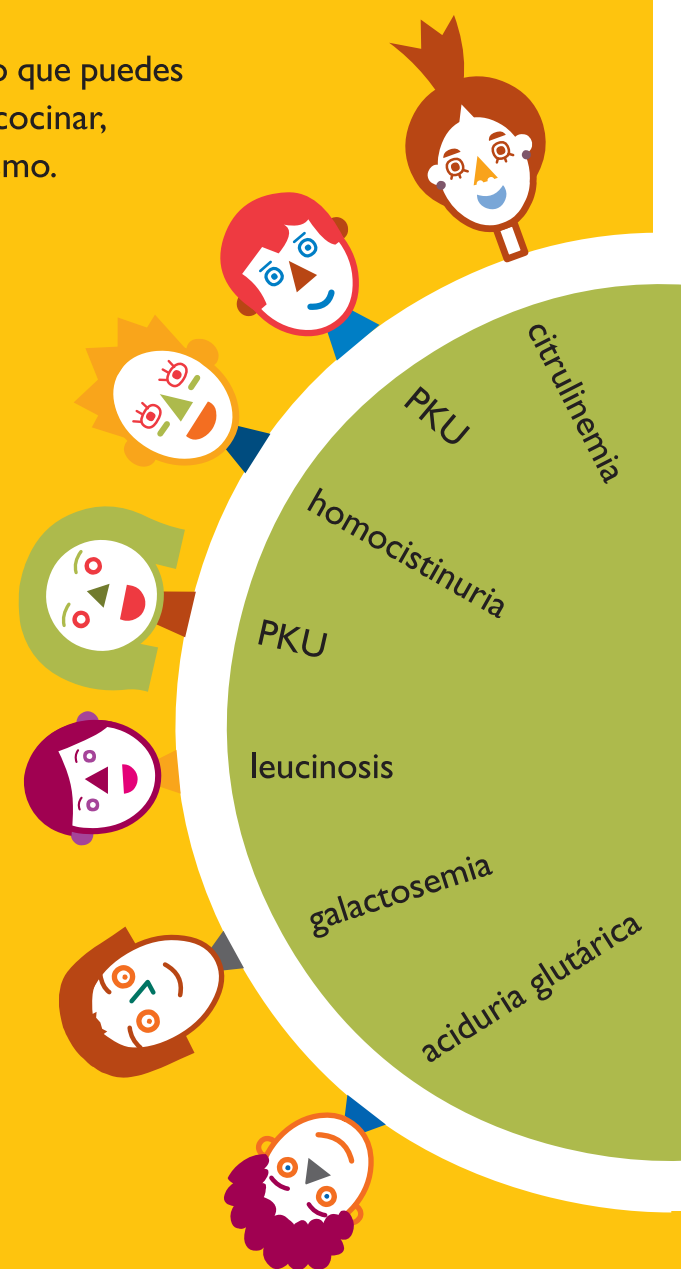
— ¡Que va! En clase hay dos más que lo tienen: Arnau, que tiene homocistinuria y Gabriel, que tiene PKU.

Y en la clase de al lado, Ámbar. Y en primero, mi amiga Laura, que también tiene PKU. Y de los peques, Tomás, que tiene leucinosis, y Eloy, que tiene aciduria glutárica. Y en otros colegios e institutos debe de haber más gente.

—¿PKqué? ¿Aciqué? —preguntó Susi, sorprendida, aunque cada vez más animada.

—¡Je, je, bienvenida al club de los nombres raros!

—se rió Annia.



Susi se quedó de piedra. Hasta aquel momento siempre había pensado que la única persona “diferente” era ella. Annia le ofreció una porción de tarta de manzana pero Susi, mirando el pastel, empezó a abrir su caja de secretos.

—Es que yo... yo también tengo problemas con la comida.

Annia sonrió y le dio un golpecito amistoso en la espalda.

—¡Anda! ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Podrías formar parte de la Pandilla Metabólica.

Pero el secreto de Susi era otro. Y le daba vergüenza hablar de ello.

—No, si yo puedo comer de todo, lo que pasa es que...

—Va, dilo, seguro que no es tan terrible —y diciendo esto, tomó a Susi del brazo y este gesto animó a la chica a contarlo todo:

—Vomito la comida. En casa me obligan a comer y luego me encierro en el lavabo y lo vomito. En el cole hago igual. Por eso no quiero estar con nadie.

¡Toma! Ya lo había dicho.



Annia se quedó boquiabierta. Pensar que alguien que podía comer de todo no quisiera... vaya, ¡que mal repartido estaba el mundo! Susi era enemiga de la comida.

—¿Por qué lo haces?

—Porque quiero estar delgada. Si engordo, nadie querrá estar conmigo.

Annia dijo sin pensar:

—¡Pero si ya nadie quiere estar contigo!

Susi, al oír eso, notó que se le humedecían los ojos y bajó la mirada. Annia, dándose cuenta de que la había herido, añadió:

—Hay gente gordita que tiene muchos amigos y gente delgada que casi no tiene. Tener amigos no tiene que ver con el peso, Susi.

Susi volvió a levantar la mirada. Su compañera de clase tenía razón. Entonces le explicó a Annia que siempre había querido ser su amiga, pero que tenía miedo de no gustarle. Annia le dijo que a pesar de su carácter, había ido a verla. Y era porque desde el primer día, quería que fueran amigas. Que le gustaba la gente un poco rebelde.



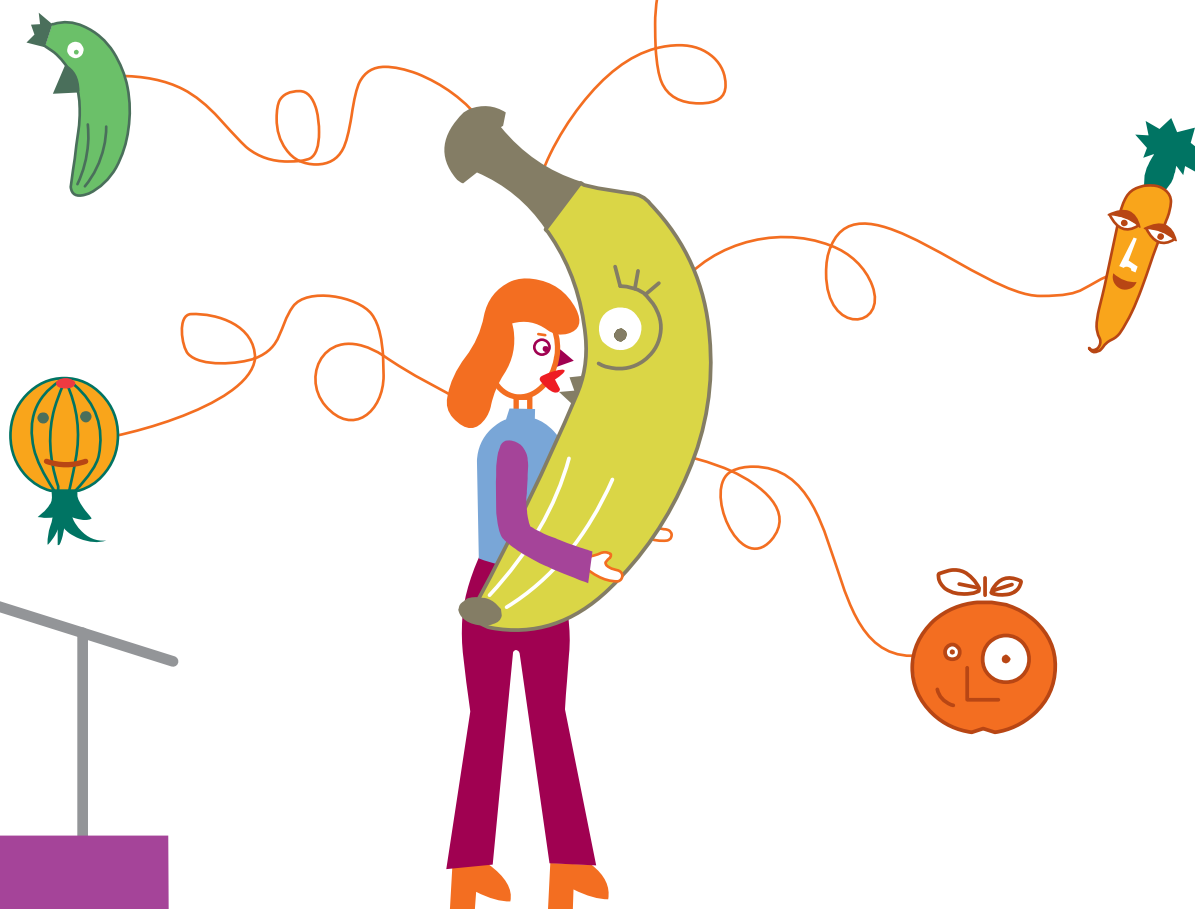
Susi la miró perpleja unos segundos y finalmente sonrió. Entonces Annia aprovechó para hacerle una propuesta:

—¿Por qué no te conviertes en amiga de los alimentos? Aunque no tengas un trastorno metabólico, puedo proponer a mis amigos que formes parte de la pandilla.

Susi se animaba por momentos. No sólo tenía una amiga, ¡sino que podría formar parte de su grupo!

—Ah, y no soy la única a quien le gustaste... Pero será mejor que no diga nada más o sé de uno que me tirará la mochila a la cloaca.

Aquella conversación ayudó mucho a Susi. Por primera vez en su vida sentía que le interesaba a alguien tal como era. Y por primera vez, también, comió tarta y no fue corriendo al lavabo al terminar. Había decidido hacerle caso a Annia y ser amiga de los alimentos. Sí, ese era uno de los beneficios de la amistad... ¡con una chica metabólica!



Sin embargo, quedaba otro misterio por resolver. El de los exámenes robados. ¿Quién era? ¿Cómo lo hacía? ¿Y por qué? Las investigaciones de la pandilla no acababan de dar fruto. Una tarde, bajo los árboles de la plaza de La Morera, se encontraron los cinco, incluido Tomás, que esperaba que lo vinieran a buscar para ir a clase de violín. Gabriel, que tomaba su zumo del capitán PKU, fue el primero en hablar:

—Empiezo a estar harto. Abandono. He decidido estudiar más y atrapar a los de la otra clase. Me da igual si copian o no.

—Tienes razón —dijo Arnau. —Además, es muy difícil que alguien pueda entrar en la sala de profes sin ser visto...

Entonces Tomás, con la boca llena de pera, dijo:

—Eloy entra en la sala de profesores. Y su hermana también. Su madre es maestra y la van a buscar cuando salen.



Los otros cuatro se quedaron mudos. Laura fue la primera en reaccionar.

—Por tanto, hay dos personas que entran en la sala de profes sin que nadie sospeche...

Arnau saltó:

—Eloy no puede ser, es demasiado pequeño. —Pero su hermana... ¿sabes a qué curso va, Tomás? —preguntó Gabriel.

—No, pero es mayor.

Con esta información tuvieron suficiente. La Pandilla Metabólica se puso en acción e investigaron a fondo hasta resolver el misterio. Tere era profesora de biología y tenía dos hijos: Eloy, de siete años y Blanca, de doce, que iba al otro grupo de segundo de ESO. Estaba claro que ella robaba los exámenes y se los pasaba a los de su clase. Fue Laura quien descubrió cómo.





Una mañana, ella y Annia estaban hablando a la hora del patio con unas chicas del otro grupo y Laura dijo, sin rodeos:

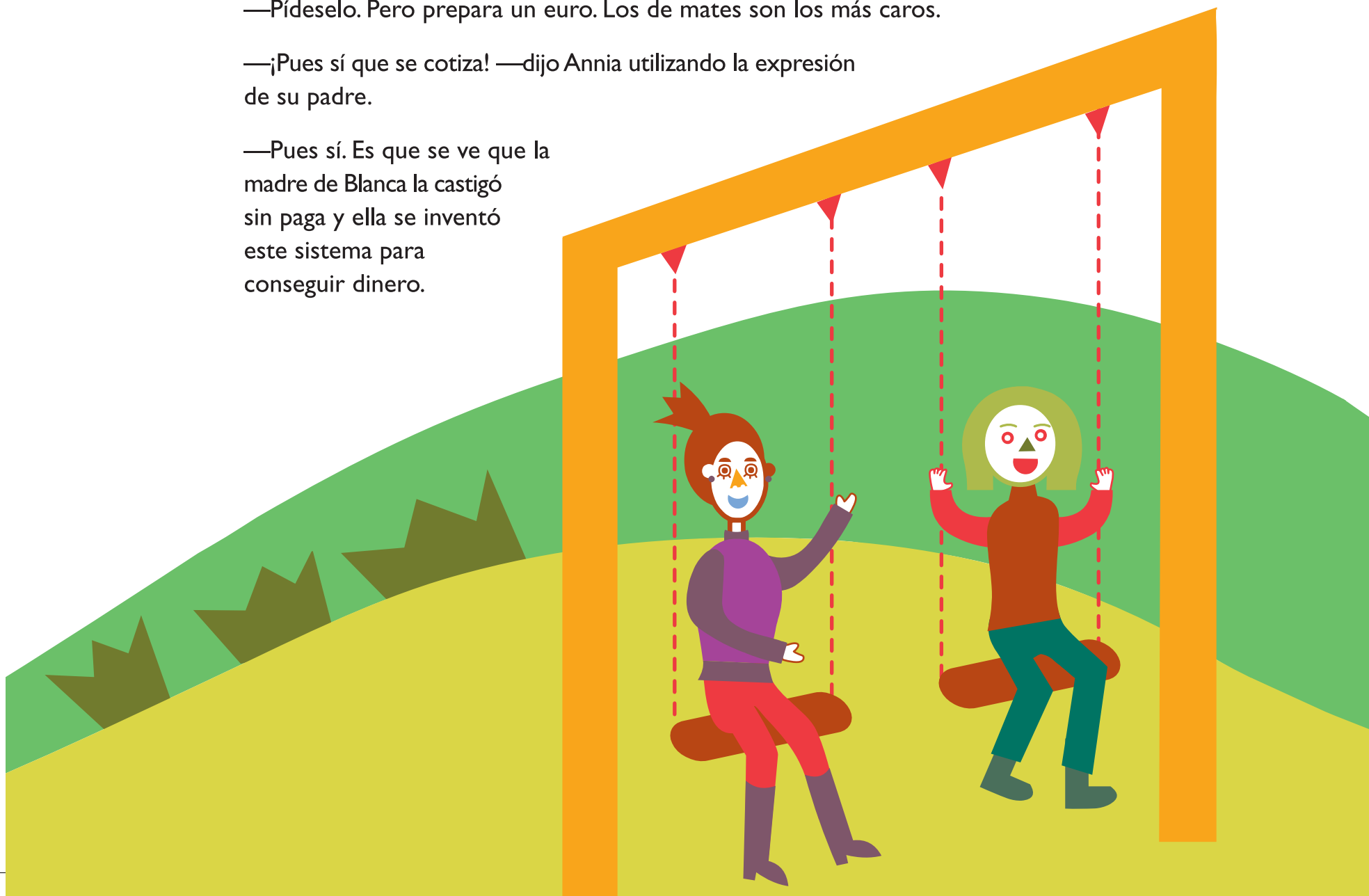
—Quiero pedirle a Blanca que me consiga el examen de mates del jueves.

Las chicas la miraron sorprendidas. Pero como Laura lo había dicho con tanta naturalidad, le contestaron:

—Pídeselo. Pero prepara un euro. Los de mates son los más caros.

—¡Pues sí que se cotiza! —dijo Annia utilizando la expresión de su padre.

—Pues sí. Es que se ve que la madre de Blanca la castigó sin paga y ella se inventó este sistema para conseguir dinero.



Así fue como lo descubrieron. Cuando se encontraron con el grupo, Annia dijo de Laura:

—¡Ésta podría ser actriz!

—¡No, que quiero ser cocinera!

Entre las dos contaron que Blanca cogía los enunciados de exámenes de la sala de profes de la manera más fácil posible. Acostumbrada a entrar ahí cada día, a buscar a su madre, conocía el lugar donde los profesores dejaban las cosas. Sólo tenía que estar atenta y cuando nadie mirase, ¡flap! Examen a la carpeta.



—Nadie desconfía de ella. Hace años que entra y sale de la sala de profes.

—Ostras, debe de estar forrada. ¡Un euro por examen!

—Sólo los de mates. Los demás valen 50 céntimos.

—A lo mejor podríamos hacer negocios con ella, ¿no? —dijo Annia guiñando el ojo.

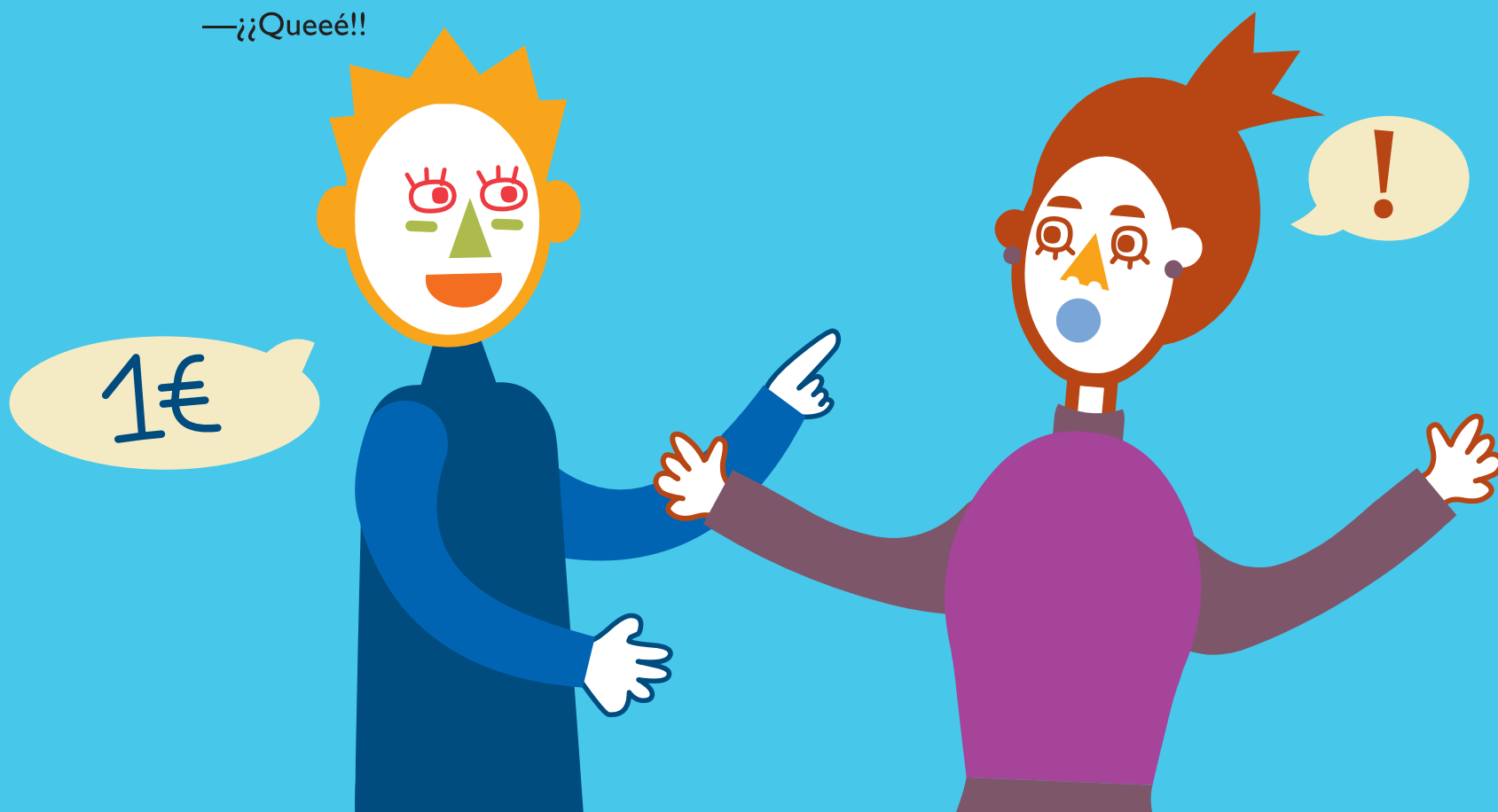
—No hace falta. Estoy sacando las mejores notas de mi historia —dijo Gabriel, orgulloso—. ¡Y sin trampas!

—Bien, ahora que hemos descubierto el misterio, os quiero proponer algo —dijo Annia con cierto temor.

—¿Qué? —preguntaron los demás a coro.

—Que aceptemos a Susi en la Pandilla Metabólica.

—¿¿Queeé!!



Annia les explicó la conversación con su compañera de clase y les dijo que Susi necesitaba tener amigos. Que la pandilla era el mejor lugar para ella porque todos entenderían sus problemas con la comida. Arnau estuvo totalmente de acuerdo, pero Gabriel y Laura no lo tenían tan claro.

—¡Lo suyo no es un trastorno!

—Sí que lo es.

—Pero no es metabólico.

—¿Y qué? Es un problema con la comida.

Y venga darle vueltas. Al final, Arnau tuvo una idea.

—Pues si no puede ser miembro de la Pandilla, podría ser “simpatizante”...



Todos pensaron que estaría bien que la pandilla tuviera simpatizantes, aunque nadie sabía en qué consistía exactamente. Tomás dio en el clavo.

—Eloy no es de los cinco de la pandilla, pero come con nosotros y comparte las recetas con los metabólicos.

Todos pensaron que era una buena idea. Cuando Susi trajera comida con bajo contenido en proteínas, podría compartirlo con los demás. Así sería una simpatizante.

—Tendremos que explicarle qué podemos comer y qué no, para que sepa lo que puede compartir con nosotros —dijo Laura.

—No hay problema, yo se lo explicaré —dijo Arnau, contento —¡Le haré un esquema con dibujos!

Annia no dijo nada esta vez y se conformó guiñando el ojo a los demás.





Se acercaban las vacaciones de Navidad y los de segundo tenían que hacer un trabajo de plástica. Podían elegir entre un mural o un cómic. Los de la Pandilla Metabólica eligieron el cómic. Laura, aunque no iba a su curso, participó también, reuniéndose con ellos y aportando ideas. Al fin y al cabo había sido ella quien descubrió a la ladrona de exámenes. Y Gabriel tuvo que llevarle la mochila de casa al cole, pero no duró un mes ni mucho menos. Al tercer día ya se había cansado y decidieron que a cambio de no llevársela más, podría reunirse con ellos para hacer el cómic.

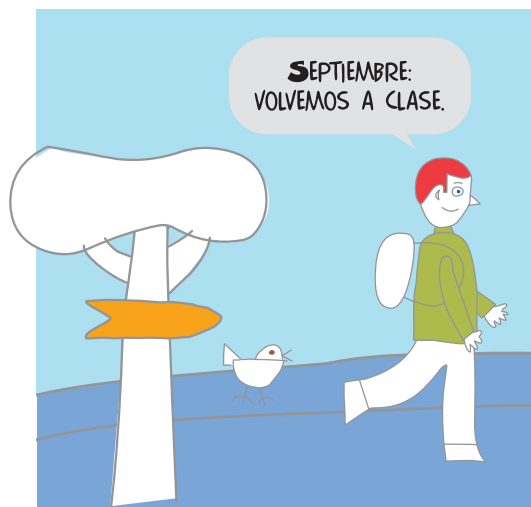


Decidieron explicar las cosas que habían pasado aquel inicio de curso: los nuevos compañeros de clase, los problemas con Susi, las buenas notas del otro grupo, el misterio de la sala de profes... Se lo pasaron muy bien. La que no estuvo tan contenta fue Blanca. Cuando el cómic llegó a manos de la profesora de plástica, fue a hablar con Tere, la madre de Blanca y automáticamente se terminaron las buenas notas del otro grupo. Acostumbrados a no estudiar, la mayoría suspendieron el siguiente examen. Los de la clase de los metabólicos se rieron un montón.

—¡Ya les vale a los profes! ¿Es que no se habían dado cuenta antes de que tan buenas notas era sospechoso?

—Bah, ¡los profes viven en la luna!





De mayor, será artista!



De mayor, será cocinera.



De mayor, será científico.



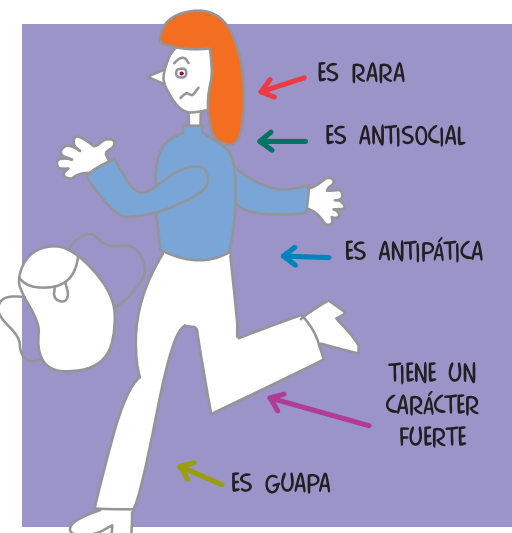
De mayor será fabricante de violines!



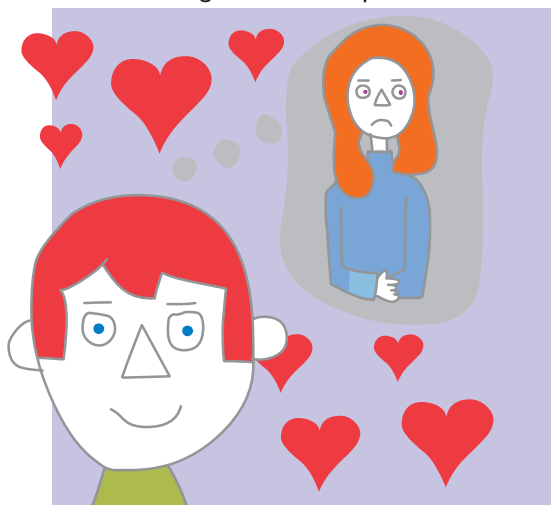
De mayor, será saltimbanqui.



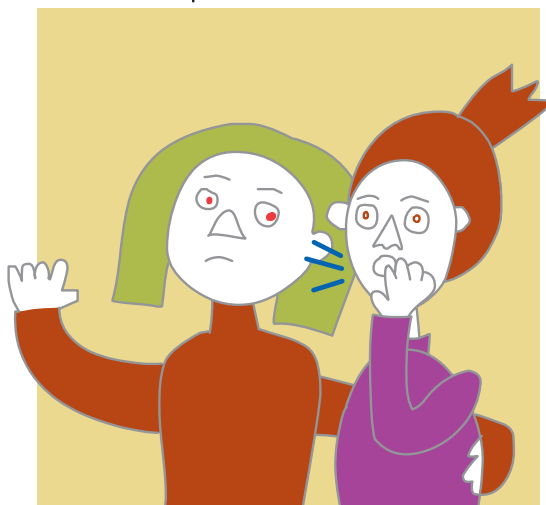
En nuestro curso hay dos clases: A y B



A Arnau le gustó desde el primer momento.



Annia siempre se mete donde no le llaman.



En la otra clase hay un chico nuevo. Es de Ucrania.



Se llama Yuri y está aprendiendo el idioma.



El curso empezó bien, pero en seguida...



En cambio, en la clase A...



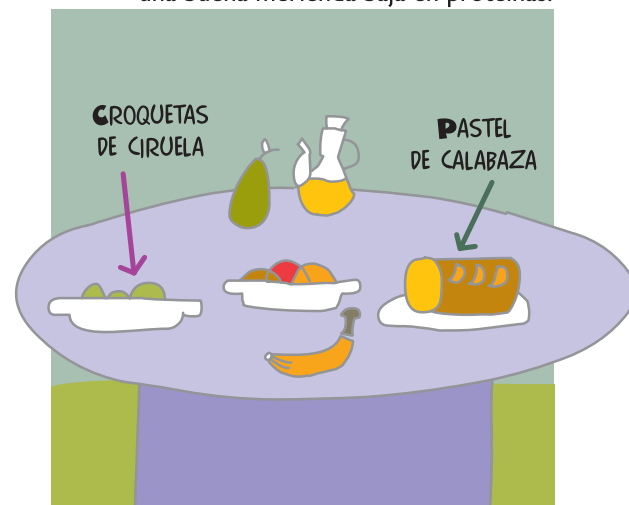
Gabriel, que no podía soportar que le ganaran en notas, ...



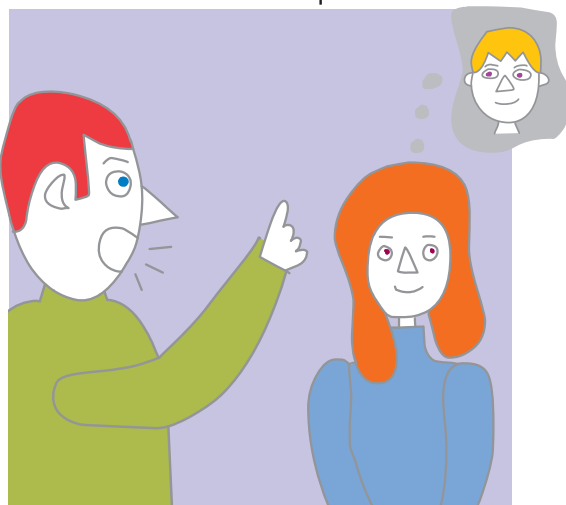
... dijo que teníamos que descubrir el misterio.



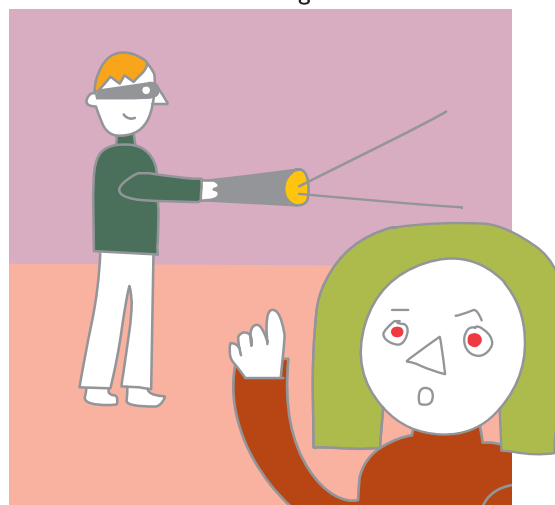
En las reuniones todos traemos una buena merienda baja en proteínas.



Primero sospechamos de Yuri.



Pero lo descartamos, porque no nos lo imaginábamos robando.



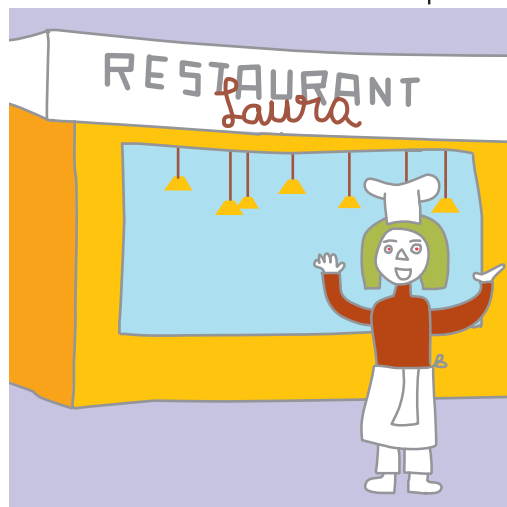
Habrà que buscar en otra direcci3n.



En el comedor no podemos hablar. Allí intercambiamos recetas.



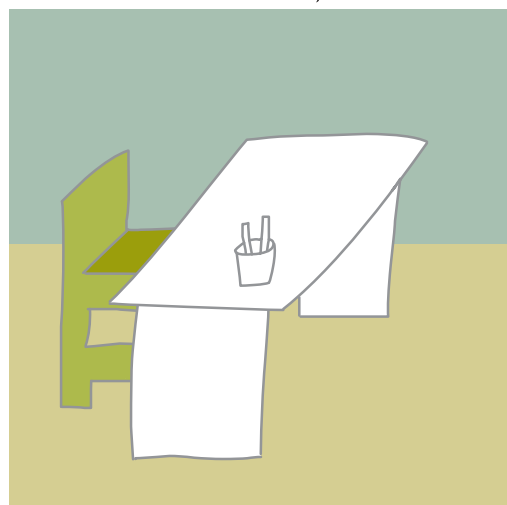
Laura abrirá un restaurante “especial”.



Eloy, amigo de Tomás, se ha sumado a nuestra mesa. Tiene aciduria glutárica.



Susi cada día tenía más problemas.
Y un buen día, no vino a clase...



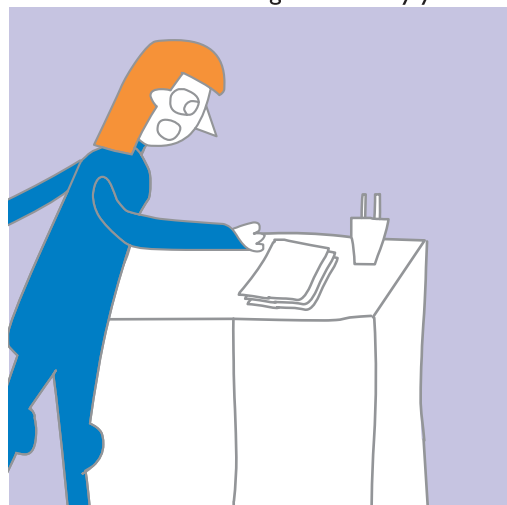
Annia fue a verla y descubrió su misterio.



No os imagináis lo contento que se puso Arnau...



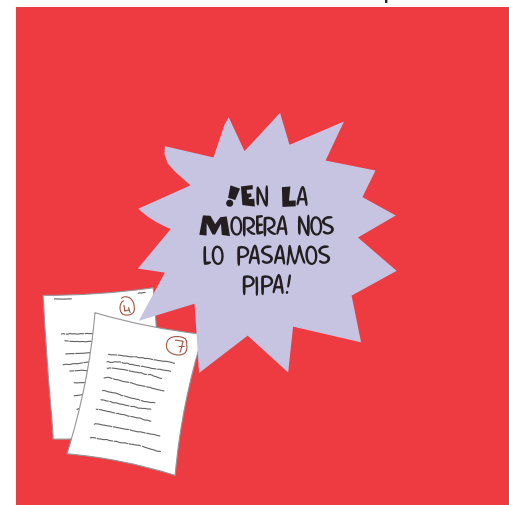
El misterio de los exámenes lo descubrimos gracias a Eloy y Tomás.



Es la hija de una profe: entra y sale de la sala de profes sin que nadie sospeche.



Ahora todos sacan la nota que les toca.



FiN

